

GENERAL VICTORICA

za, y secretario de confianza en sus campañas. Había pasado de la magistratura á la profesión militar, y luego de ser ministro de la Guerra ocupó la presidencia del Tribunal Supremo de Justicia.

El general Victorica púsose al frente de una expedición contra los indios del Norte, expedición que completó la conquista realizada por Roca, limpiando definitivamente de salvajes todo el territorio de la República. Tuvo que luchar Victorica en esta expedición con la naturaleza del país, más adversa que en el Sur, y que no permitía un resultado brillante. En vez de avanzar triunfadores y sin disparar un tiro, como en Río Negro, tuvieron los soldados de Victorica que precaverse de las emboscadas en las selvas y las enfermedades propias de un país inexplorado, sosteniendo, además, sangrientos choques. Tampoco era posible una pacificación completa, como en el Sur, donde una vez domeñados los indios, quedaba tranquilo el país. Aquí, la vecindad de las tribus de Bolivia mantenía en estado latente el salvajismo de los naturales. A pesar de esto, el gene-

ral Victorica dominó los territorios del Chaco y Formosa, hasta entonces poco explorados, así como la parte Norte de las provincias limítrofes, completando la incorporación de este gran pedazo de tierra argentina á la vida civilizada.

El presidente Roca favoreció mucho la agricultura y la exportación. En su tiempo se abrieron al cultivo extensas tierras de Santa Fe, Córdoba y Entre Ríos, y aumentó considerablemente la corriente inmigratoria. Las grandes obras del puerto de Buenos Aires se iniciaron también en su presidencia, que dejó excelentes recuerdos. Las Cámaras votaron, á propuesta del Gobierno, leyes importantes sobre la libertad de la escuela y el matrimonio civil.

Proclamó el partido autonomista nacional á Don Miguel Juárez Celman para suceder á Roca, y triunfante en la votación, se posesionó del cargo en Octubre de 1886. Su vida presidencial fué desgraciada. Acometió obras públicas importantes, pero el abuso del crédito bancario y la gran crisis monetaria de 1890, dificultaron su gobierno. Varias agrupaciones políticas, fusionadas bajo el título de Unión Cívica Nacional, se levantaron contra Juárez Celman, preparando la gran revolución de 1890, que ensangrentó varios días las calles de Buenos Aires. Vencieron las tropas del Gobierno, pero éste quedó herido de muerte, y Juárez Celman tuvo que presentar la dimisión.

Le sucedió el vicepresidente Don Carlos Pellegrini, quien estuvo dos años al frente de la República, hasta 1892. Lo exiguo del período de su mando y el estar reciente una revolución con sus apasionamientos y desorientaciones, no le permitieron dar la medida de su valer como hombre de gobierno. Pellegrini fué el político de carácter más firme é inteligencia potente que ha conocido la Argentina moderna. Su actuación pública tenía algo de brusquedad acomete-

dora y arrogante. Era un guerrero de la política. Cuando quería llegar á la realización de sus pensamientos, marchaba rectamente, sin maquiavelismos ni torcidas intenciones, cual un héroe que avanza á pecho descubierto. Como todos los impetuosos, luego de una explosión de energía irresistible, sumíase en plácida indiferencia. Lo mismo inspiraba simpatías hasta el sacrificio que odios mortales. Su talento era masculino: su oratoria tenía un sonido férreo de coraza bien templada: los enemigos le temían cuando, despertando de sus repentinos decaimientos, despe rezábase como un león próximo á saltar. Forman hoy sus antiguos amigos el núcleo más poderoso de la política argentina. Su recuerdo y su nombre han servido muchas veces de ban-



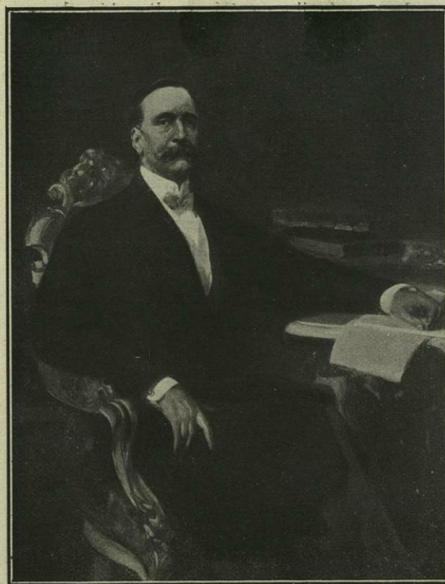
PUERTO BELGRANO. LA ESCUADRA ARGENTINA FONDEADA

dera de unión. De no haberle sorprendido la muerte en pleno vigor, es seguro que Pellegrini, después de un pasajero eclipse de popularidad, habría vuelto á ocupar la primera magistratura de la República, con el beneplácito de casi toda la nación.

Figuroa Alcorta, el actual Presidente, al pronunciar un discurso, memorable por su trascendencia política, ante la tumba de Pellegrini, lo describía así: «Otros habrán sido más eficaces, más hábiles, más cautos y previsores; ninguno ha sido más sincero, más decisivo, más noblemente acentuado en sus inspiraciones de hombre político y en sus concepciones de estadista. Es que difícilmente podrá encontrarse un cerebro mejor organizado en armonía funcional con un corazón más grande. . . Piloto de tormenta, como le ha llamado con propiedad uno de sus admiradores, nunca se destacaba más acentuada y grande su gallarda figura física y moral que en los días tumultuosos del estallido anárquico, que nadie ha combatido con más denuedo ni prevenido con más eficacia».

* * *

En 1892, terminado el período de Pellegrini, procedióse á nuevas elecciones. Una gran parte de la opinión sostenía la candidatura de Don Roque Sáenz Peña, muy popular por sus condiciones de carácter, su juventud y su historia romántica durante la guerra chileno-peruana, en la que cayó prisionero, salvando su vida casi milagrosamente. Los enemigos de Sáenz Peña, al ver seguro su triunfo, lo combatieron valiéndose de un procedimiento poco leal. Le-



DON CARLOS PELLEGRINI (Retrato de J. Sorolla).

vantaron frente á él la candidatura de su padre Don Luis Sáenz Peña, y entonces Don Roque se retiró de la lucha.

Don Luis Sáenz Peña fué elegido presidente de 1892 á 1898, pero antes de dos años presentó la dimisión. Era un honrado ciudadano de estricta moralidad, muy escrupuloso en materias de administración, pero ignorante del arte de gobernar. Los políticos más influyentes se ofendieron con él; los radicales se sublevaron en Santa Fe, Rosario y Tucumán, y al fin tuvo que retirarse, sucediéndole el vicepresidente Don José Evaristo Uriburu. La presidencia de éste se desarrolló en paz, sin otros incidentes que la tirantez de relaciones, cada vez más grande, con la vecina República de Chile, á propósito de la cuestión de límites. Por esta causa se hicieron grandes compras de material de guerra, adquiriéndose además varios cruceros.

Influyó mucho en la elección presidencial de 1898 la posibilidad de una lucha con Chile. Los partidos políticos estaban desorganizados, y el país deseaba tener al frente un militar, en previsión de futuros conflictos. Con este motivo, el general Roca fué elegido presidente por segunda vez. En 1902 arregló definitivamente la cuestión de Chile, con el pacto llamado de «desarme y equivalencia», sometiendo la demarcación de límites al arbitraje del Rey de Inglaterra.

Representó un gran bien para ambas Repúblicas el terminar la cuestión pacíficamente, evitándose un choque que hubiera desangrado y arruinado á las dos, sin resultados positivos.

En la segunda presidencia de Roca dió éste gran incremento á las obras públicas, terminando el puerto militar de Bahía Blanca, llamado Puerto Belgrano, inaugurando los puertos de Rosario y Santa Fe y aumentando las vías férreas. Su ministro de Obras públicas, Don Emilio Civit, se reveló como uno de los gobernantes más progresivos y emprendedores que ha tenido la Argentina. Inició en el río de la Plata obras valiosas para la seguridad de la navegación; inauguró el ferrocarril á Bolivia, que hoy llega á los últimos límites de la provincia de Jujuy, y abrió á la explotación varias líneas férreas en San Juan, Catamarca y la Rioja. Fué el ministro que más trabajó en su época por las reformas materiales del país.

La red de ferrocarriles creció considerablemente en el período de su administración. Hombre de rápidas concepciones, la idea va en él seguida inmediatamente de la acción. Al salir del ministerio continuó esta política de reformas en Mendoza, su provincia, de la que ha sido gobernador hasta hace poco tiempo, convirtiendo la ciudad andina en una capital moderna. Civit fué el gran ministro que ilustró la segunda presidencia de Roca con las obras públicas, así como Joaquín González con sus medidas en pro de la enseñanza.



DON EMILIO CIVIT

En Octubre de 1904 terminó el general Roca su período presidencial. Para reemplazarle fué designado Don Manuel Quintana por una convención del partido autonomista, al frente del cual estaba el mismo Roca.

El presidente Quintana era un juriconsulto ilustre y un hábil orador parlamentario. Su presidencia debía durar de 1904 á 1910; pero á los pocos meses de ocuparla, empezó á notarse el mal estado de su salud.

Murió en 1905, y entonces fué reemplazado por Don José Figueroa Alcorta, que durante cinco años ha dirigido la República.

* * *

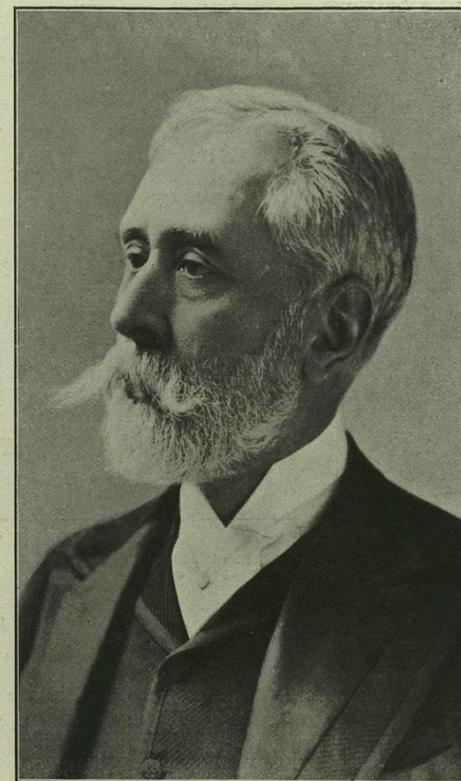
Hay hombres que desde su primera juventud atraen sobre ellos la atención pública y viven envueltos en una aureola de gloria precoz. Todos les anuncian brillantes destinos, y rara vez se cumplen tales augurios, pues el que aparecía como un favorito de la fortuna acaba por malograrse.

Otros hombres viven en modesta obscuridad, mal conocidos, aun por aquellos que los rodean. Guardan ocultas las condiciones de inteligencia y de carácter; parecen replegados en sí mismos, hasta que una circunstancia oportuna, un momento decisivo, da libre expansión á sus ignoradas facultades.

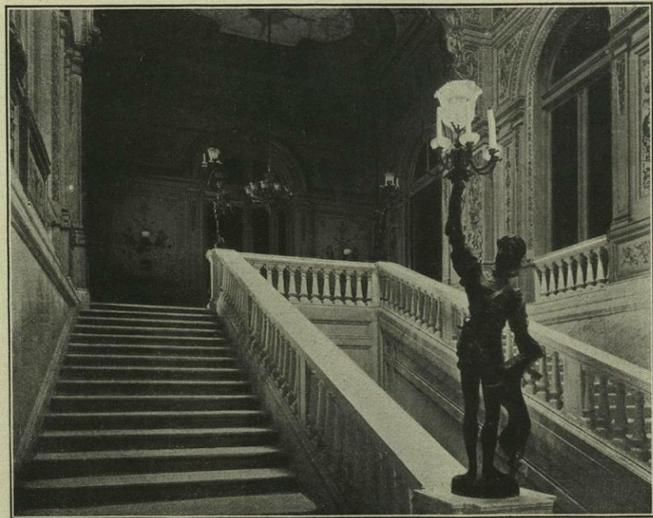
Tal fué el caso de Don José Figueroa Alcorta, actual presidente de la República Argentina.

Nacido en la tradicional ciudad de Córdoba, revelan sus apellidos la descendencia de linajudas familias de la época colonial. Su padre era un señor chapado á la antigua, de una rectitud de carácter rayana en la exageración. Cuando Figueroa Alcorta fué elegido en Córdoba senador provincial, su padre, que también pertenecía al Senado, se opuso á su admisión, alegando que le faltaban unos meses para cumplir la edad reglamentaria. Celebraba mucho ver á su hijo en los honorables escaños; pero la ley era la ley y había que cumplirla á la letra. Fué preciso aprovechar una ausencia del rígido padre, para que el joven senador tomase posesión del cargo.

Figueroa Alcorta ha sido periodista durante una gran parte de su vida; pero periodista de ideales, periodista de combate, convencido en sus afirmaciones y contundente en sus réplicas. Tal vez por haberse dado en cuerpo y alma á esta profesión durante su juventud, la prensa le ha atacado con esa saña predilecta que sólo se guarda para las luchas de familia. Por algo dice el refrán castellano que «no hay peor cuña que la de la misma madera». Figueroa Alcorta ha sido combatido por una parte de la opinión política como pocos presidentes. Bien es verdad que la mayoría de ellos transigieron con sus enemigos y se doblaron, careciendo de la firmeza de carácter y la impasible bravura de este luchador. Yo le he visto en algunas ocasiones, brillándole los ojos tras el cristal de los lentes, comentar ciertos ataques:



DON MANUEL QUINTANA



BUENOS AIRES. ESCALERA DE LA PRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA

nas entablaba una polémica enardecíase, devolviendo diez golpes por uno. Tiene buena pluma.

Cierto. Figueroa Alcorta, hasta en las cartas más insignificantes, revela la agilidad literaria de un periodista de raza, habituado á escribir con rapidez para que sus cuartillas vayan directamente de la mesa de la redacción á la imprenta. No hay en su estilo la pompa hueca, los adornos empolvados y marchitos que caracterizan las obras de algunos políticos cuando se dedican á escritores. Tiene la frescura, la amable simplicidad de todo lo que se redacta sin vacilaciones, fácilmente, «de un tirón», como suele decirse. Algunas de sus cartas respiran cierto humor ingenioso, una gracia señorial, sin chocarrería. También en las conversaciones particulares este Doctor Figueroa Alcorta, que recuerda con su porte aseñorado á los antiguos doctores de la Universidad de Córdoba, grave, con una gravedad castellana, distinguida y atrayente, deja caer de sus labios palabras ingeniosas, frases concisas que retratan á un personaje ó una situación con la exactitud de un buen observador de las debilidades humanas.

Sus decretos importantes, sus mensajes al Congreso, todos los documentos oficiales de alguna consideración que suscribe, son obra de su pluma. Como orador ha producido obras notables por la originalidad de las imágenes y la hermosa factura del estilo. Sus oraciones fúnebres de Mitre y Pellegrini, sus discursos en la Universidad de Córdoba y en la Exposición Agrícola de Buenos Aires, le acreditan como buen artista de la palabra.

Su condición sobresaliente es la energía: una energía siempre igual, segura de sí misma, sin arrebatos ni decaimientos, insensible á los golpes exteriores, activa é incansable en su labor interna. Sus enemigos han perdido el tiempo atacándolo por todos los procedimientos concebibles. Enfrascado en su tarea, no ha llegado á enterarse tal vez de la mayor parte de sus censuras. Tenía ante sus ojos una meta y ha caminado y caminado con la mirada puesta en ella, sin oír á los que le gritaban desde los lados del camino. Hombres que tienen esta fuerza de voluntad, este poder de abstracción, resultan invencibles. Los enemigos se cansan y acaban por tenderse en el suelo, desalentados y sin fuerzas.

Figueroa Alcorta fué en la política lo que esos soldados que hacen su carrera grado por grado, sin saltos de escalafón. Su juventud en Córdoba abundó en batallas de prensa y hasta en choques personales. Tiempos eran aquellos en los que había que escribir con el revólver al

— ¡Ah, si yo pudiese responder! ¡Si me fuera posible manejar la pluma libremente como en otros tiempos!

Era el polemista político, el luchador de la juventud que despertaba, abriéndose paso á través de la gravedad solemne del jefe del Estado.

En Córdoba, un periodista viejo me habló del presidente, antiguo compañero suyo de redacción:

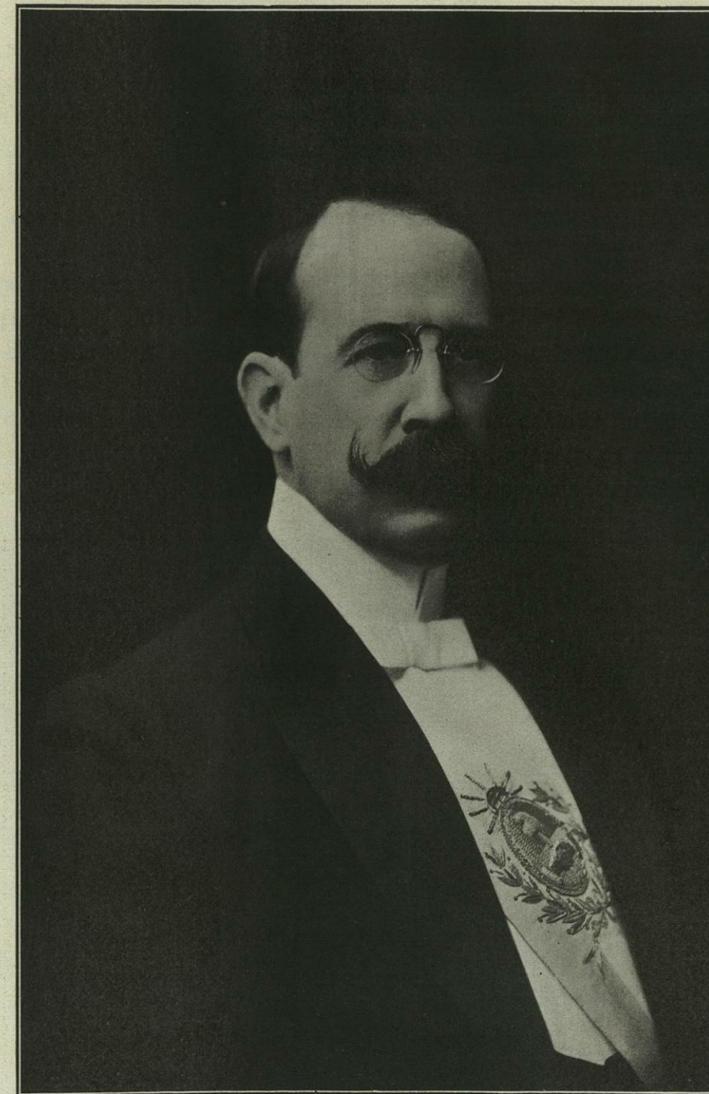
—¿Pepe Figueroa?— dijo con familiaridad profesional.—Un batallador que ape-

lado, y entre las condiciones necesarias de un buen periodista figuraba la de saber repeler un asalto á la redacción. A más de esto, el ambiente tradicional de Córdoba y las ideas de gran parte de sus habitantes, oponían seculares obstáculos á la actividad de una juventud progresiva, en la que militaba Figueroa Alcorta. Este, sin dejar el periodismo, ejerció la abogacía con brillantez.

Fué luego ministro de la provincia y á continuación gobernador, lo que significó un gran triunfo para las ideas liberales. Al dejar el mando, sus comprovincianos lo eligieron senador nacional, trasladándose entonces á Buenos Aires, donde pronto se hizo notar por la serenidad de su juicio y la firmeza de su carácter. Elegido vicepresidente de la República en 1904, la muerte de Quintana le elevó poco después á la presidencia.

Reveláronse en ésta de golpe sus condiciones de gobernante, ignoradas de muchos, por no haberse manifestado hasta entonces más que en el reducido escenario de una provincia. Lo inesperado de su encumbramiento hizo concebir esperanzas á algunos políticos. Este «provinciano», podía ser para ellos un hombre explotable, una especie de autómatas fácil de manejar, que repetiría sus gestos y palabras desde la presidencia de la República.

Los que le habían ayudado en su elección creyéronse con derecho para aconsejarle á su capricho. Otros elementos políticos consideraron empresa fácil intimidarlo con sus amenazas. Figueroa Alcorta no tenía más que dejarse llevar, abdicando su personalidad, para verse elogiado por todos. Pero el asombro fué general cuando se dieron cuenta de la fortaleza de este

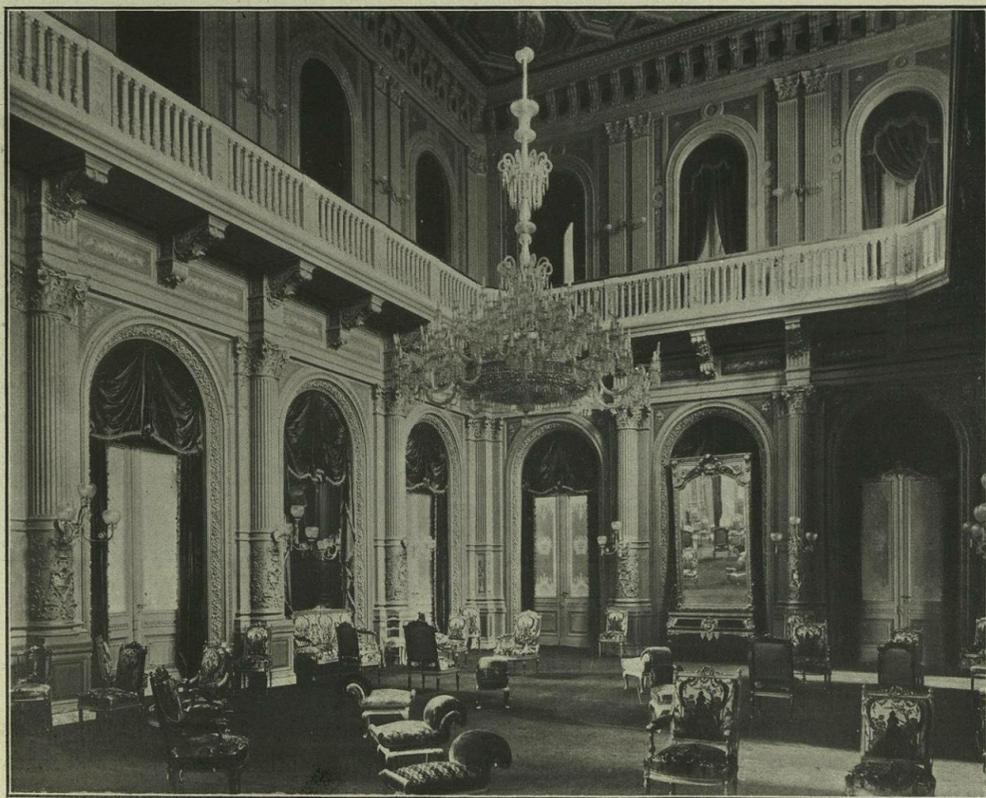


DON JOSÉ FIGUEROA ALCORTA, PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA

carácter independiente, que había pasado inadvertido hasta entonces. El ilustre Pellegrini, con su golpe de vista certero, fué el único que adivinó lo que llevaba dentro el senador cordobés, compañero suyo en la Alta Cámara. Poco antes de morir, anunciaba Pellegrini á sus amigos que Figueroa Alcorta era una personalidad, incapaz de dejarse influenciar por compadrazgos é intereses de grupo.

Cuando ascendió al poder admitíase como lícito que ciertos personajes que afectaban hallarse alejados de la política, dirigiesen sin responsabilidad, desde su casa, los destinos de la patria, fabricando los presidentes á su gusto y manejándolos á su antojo. Con Figueroa Alcorta terminó esta situación equívoca, indigna de un jefe de Estado. Su actitud fué semejante á la del Sixto V de la tradición, arrojando las muletas y haciendo frente á los cardenales que le habían nombrado con la esperanza de explotarlo. «*Papa sum*»... Ya que era presidente de la República quería serlo de veras, sirviendo á la nación con sus propias luces, sin necesidad de inspiraciones extrañas.

Los políticos, acostumbrados al disfrute del poder, le dejaron solo, creando en torno de su persona un vacío que esperaban fuese mortal. No hubo obstáculo que no amontonasen á su paso. Pero desconocían la entereza y la tenacidad de este hombre. Ya que los viejos partidos le abandonaban, crearía uno nuevo. Al morir Pellegrini pronunció Figueroa Alcorta, ante su tumba, un discurso muy hábil, recogiendo la bandera del eminente político. Y no sólo favoreció la unión en un organismo común de los hombres que habían seguido las ideas de Pellegrini y otros afines, sino que batió en brecha á los viejos partidos, que una vez alejados del poder



SALÓN DE FIESTAS DE LA PRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA

comenzaron á disgregarse, faltos de fuerzas.

En la política argentina estaban acaparadas todas las posiciones. Una influencia poderosa y mal disimulada venía dirigiendo al país durante veinticinco años. Imposible ser algo sin contar antes con su protección. Figueroa Alcorta destruyó el obstáculo abriendo nuevos caminos á la juventud.

Hoy, el apasionamiento político y el desprecio de los que se sintieron burlados en sus



DON EZEQUIEL RAMOS MEXÍA, MINISTRO DE OBRAS PÚBLICAS

esperanzas, impulsan á una parte de la opinión á ser injusta con Figueroa Alcorta. Cuando transcurra el tiempo, se reconocerán los grandes servicios que ha prestado á la política nacional con su energía y su entereza de carácter, destrozando influencias ocultas, disolviendo agrupaciones personales, para dejar sitio á nuevos partidos de ideas.

* * *

La presidencia de Figueroa Alcorta ha sido de benéficos resultados para el adelanto económico de la Argentina. En esto puede compararse con todas las anteriores que más hayan podido influir en el progreso nacional.

Ha contado Figueroa Alcorta con un buen colaborador en este trabajo: el ministro de Obras públicas Don Ezequiel Ramos Mexía. Este ingeniero ilustre es autor de numerosas reformas, tanto en el ministerio que ahora ocupa, como en el de Agricultura, que desempeñó antes. Basta hablar con él unas cuantas veces para darse cuenta de sus fructuosas lecturas y del criterio propio y originalísimo con que examina los problemas económicos y sociales. Su libro *Veinte meses de administración* es un resumen de los trabajos que realizó en el ministerio de Agricultura, al par que un estudio de la vida y costumbres de las razas poco civilizadas, cuyos restos subsisten aún en los extremos de la República.

En veinte meses de ministerio, abordó todas las cuestiones agrícolas, ganaderas y mineras que deben preocupar á un gobernante de la República, apoyándole en tal empresa Figueroa Alcorta con una absoluta decisión. El ministro, al realizar esta labor útil y progresiva, interpretaba las aspiraciones del presidente. Juntos decretaron la construcción en las zonas desiertas de nuevos ferrocarriles que fomentarán su coloniaje; la apertura de canales irrigatorios; la creación de establecimientos de enseñanza agrícola; una línea de grandes vapores, para facilitar las comunicaciones y los cambios de los territorios del Sur; leyes reglamentando la adquisición de tierras públicas, en beneficio del verdadero colono é impidiendo el tráfico del explotador; disposiciones favorables al comercio de carnes y harinas y á la producción azucarera; precau-